

AMADO ALONSO
(1896-1952)*

Eugenio Coseriu
Universität Tübingen

Conmemorar a Amado Alonso no significa, para nosotros, volver simplemente a recordar una serie de datos bio-bibliográficos más o menos conocidos y no significa tampoco subrayar únicamente la excelencia de una obra individual, ya en sí misma notable, tanto por su valor intrínseco como por su multilateralidad, sino que equivale a señalar, delimitar y tratar de valorar un momento esencial en la historia de los estudios hispánicos y de la Lingüística en América: un momento cuyo centro de gravitación y de referencia permanente ha sido y es la actividad desarrollada por Amado Alonso. Y hay que entender principalmente la actividad desarrollada como profesor de la Facultad de Filosofía y Letras y director del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, pues la actividad anterior, en España y en Alemania, fue

* He pensado mucho en cómo honrar con un escrito pertinente la memoria de Amado Alonso y decir la inmensa deuda que tenemos con él todos los lingüistas y los filólogos hispano-americanos –los nativos y los de adopción–. Y me ha parecido que no podría hacerlo mejor de otro modo que volviendo a publicar esta cuasi-improvisación pronunciada en 1952, en una sesión extraordinaria del Centro de Lingüística de Montevideo, convocada para conmemorar la figura del insigne estudioso al llegarnos a Uruguay la noticia de su tan absurdamente prematura muerte. Por lo mismo, la publico en su versión original, incluso con las deficiencias (sobre todo, de expresión) corregidas en una reimpresión ulterior: no quería quitar nada de la espontaneidad y de la inmediatez emotiva de aquel acto (E.C.).

sobre todo una actividad de estudios previos, de preparación y de autoformación científica y cultural, condición y base indispensable de la obra realizada más tarde, pero que sólo difícilmente habría podido dejar intuir la magnitud de esta obra y prever lo que había de ser Alonso *como creador, como removedor y como maestro*. Y la de los últimos años, los años de Harvard, desarrollada en una universidad extranjera, algo lejos de su natural humus hispánico, y disperso ya el antiguo grupo de discípulos y colaboradores, vuelve, en cierto sentido, a ser la actividad de una personalidad aislada y se sitúa fuera de aquel momento ideal que señalábamos.

Pero ya desde sus comienzos la actividad de Amado Alonso se coloca bajo el signo de la *severidad científica* y del *más estricto rigor de método*. Alcanzaría para demostrarlo el hecho de que la primera disciplina Lingüística en la que el joven estudioso se especializa —con maestros como T. Navarro Tomás, en Madrid, y G. Pancocelli-Calzia, en Hamburgo— es la fonética, una disciplina que suele parecer árida y hasta mezquina a quien considera la Lingüística desde afuera, justamente por su austeridad, porque no permite las hipótesis indemostrables y los vuelos de fantasía tan frecuentes entre los aficionados, pero a la que los lingüistas de todas las tendencias reconocen no sólo como indispensable sino también como altamente formativa. Tal hecho no es de ningún modo indiferente, *pues la base fonética y el rigor metodológico adquirido en el cultivo de esa ciencia estarán siempre presentes en la obra de Amado Alonso*.

Y otro hecho esencial es que el joven filólogo se haya formado en el ambiente del Centro de Estudios Históricos de Madrid, un ambiente dominado y animado por la gran personalidad de Don Ramón Menéndez Pidal. Pertener a la escuela de Menéndez Pidal no sólo constituye un título de honor y una garantía de seriedad científica, sino que, al mismo tiempo, implica una orientación teórica y metodológica móvil y viva, en la que lo viejo y lo nuevo se combinan armónicamente, sin sacudidas violentas, en la que el anquilosamiento en posiciones superadas es cosa desconocida y en la que toda ideología nueva se absorbe y fructifica sin desvirtuarse y sin desvirtuar la base en que se injerta. En efecto, la escuela Lingüística española ha sido, quizás, la única en la que no ha habido revoluciones teóricas ni disputa de "*anciens et modernes*", dado que la amplitud de ideas del Maestro ha permitido que todo se renovara continuamente sin conflictos y que toda posición teórica o metodológicamente innovadora —de la teoría del substrato a la dialectología comparada y a la geografía lingüística, y de la estilística idealista al más reciente estructuralismo— se aceptara y se aprovechara plenamente,

aunque sin exageraciones ni fanatismos. En segundo lugar, la escuela de Menéndez Pidal es la única que ha mantenido y mantiene firme –y no sólo en teoría– el principio de la unidad de las ciencias filológicas, la única en la que la Lingüística se sigue cultivando conjuntamente con la historia político-social y con la historia y crítica literarias: por eso los lingüistas españoles suelen conciliar la erudición con las agudeza y, ya por su formación, son al mismo tiempo historiadores y críticos literarios.

Esta idea de la íntima unidad de lengua, historia y cultura (aunque no se trate de cultura literaria) aparece ya en el primer estudio de mayor empeño publicado por Amado Alonso, es decir, en *La subagrupación románica del catalán* (en realidad, dos artículos de una serie no continuada, ambos en la *Revista de Filología Española*, XIII, 1926). En este trabajo, iniciado como reseña del libro *Das Katalanische* de Meyer-Lübke (Heidelberg, 1925) y en cuyo planteamiento había colaborado el mismo Ramón Menéndez Pidal, el joven profesor de sólo treinta años se presentaba ya como lingüista maduro y original y se oponía a maestros universalmente reconocidos, como Meyer-Lübke, y a lingüistas ilustres como P. Antoni Griera, y no en pequeñas cuestiones de detalle sino en problemas esenciales de método. No es de extrañar, pues, que su autor haya podido ratificar y volver explícitas veinte años más tarde (*Partición de las lenguas romances de Occidente*, en *Miscelánea Fabra*, Buenos Aires, 1945) las conclusiones generales que ya entonces se imponían, a saber: a) que todas las subagrupaciones de dialectos románicos (como de otros dialectos) son convencionales y dependen de las isoglosas que se tomen en cuenta y del momento histórico en el que éstas se consideren; b) que la individualidad de una lengua no se define mediante rótulos geográficos, como “galo-románico” o “ibero-románico”, sino mediante una serie muy compleja de innovaciones y conservaciones consideradas con respecto y en oposición a las innovaciones de todas las demás lenguas del mismo grupo; c) que el castellano y el catalán no pueden oponerse sólo entre ellos o considerarse sólo con respecto al provenzal, sino que deben considerarse dentro del conjunto románico o, por lo menos, dentro de las lenguas romances de Occidente, donde, justamente, un sistema dialectal “galo-románico”, el francés, aparece como el sistema más rebelde, mientras el castellano resulta ser sólo el dialecto más innovador del grupo de dialectos occidentales generalmente conservadores, y como tal se opone no sólo al catalán (y al portugués, gascón y provenzal) sino también a dialectos propiamente “españoles”: el asturiano-leonés y el navarro-aragonés; d) que –sin que esto implique desconocimiento de la importancia de las antiguas corrientes de romanización o de la época carolingia en la historia particular del catalán– el hecho decisivo que deter-

minó la actual fisonomía dialectal de Iberia fue (como, por lo demás, queda demostrado en los *Orígenes del español*) el ascenso del castellano.

Hemos dado cierta extensión a estas conclusiones —que coinciden esencialmente con las de Menéndez Pidal— porque todas ellas pueden considerarse como aceptadas por la lingüística actual y, como tales, demuestran la clara visión de los problemas y el agudo sentido crítico de que ya en sus primeros estudios daba prueba quien debía ser el renovador y el maestro de la lingüística hispano-americana de nuestra época.

No hay duda, pues, que aun si hubiese quedado en España, Amado Alonso habría llegado a ser un gran profesor y un estudioso insigne. Pero, trasladado en 1927 a América —propuesto por Menéndez Pidal para dirigir el Instituto de Filología de Buenos Aires—, fue mucho más que eso: fue realmente el conquistador y organizador de nuevas e inmensas tierras para el dominio de la glotología hispánica y de la ciencia lingüística en general y, a pesar de su juventud (o, mejor quizás, justamente gracias a ella), supo ser lo que, con una expresión que ya se ha vuelto trivial, se dice *the right man in the right place*.

Aquí ya no podía limitarse a una tranquila labor de erudito y de teórico, no podía conformarse con ser una voz más en un concierto ya constituido, no podía publicar exclusivamente para un público selecto y cerrado de especialistas, ni confiar a colaboradores o discípulos ya formados una parte de las tareas que implica la investigación, ni estudiar materiales ya reunidos y publicados por otros. Aquí debía hacer mucho más: roturar o, por lo menos, seguir roturando un terreno en gran parte todavía inculto; crearse las premisas mismas para una efectiva labor de investigación; salir de la Universidad para combatir el “aficionadismo”, para despertar, difundir y guiar el interés por los problemas lingüísticos, para intervenir en los problemas de la enseñanza del idioma nacional; hacer revivir la tradición Lingüística americana, en parte olvidada y en parte estereotipada en envejecidas fórmulas escolásticas.

El Instituto de Filología de Buenos Aires tenía ya una noble tradición de estudios, inaugurada por Américo Castro. Pero bajo la dirección de Amado Alonso la labor iniciada fue ampliada y alcanzó un ritmo continuo e intenso que no había podido tener antes. El Instituto de Buenos Aires llegó en pocos años a ser el centro lingüístico más activo y mejor dotado de América Latina y uno de los más importantes centros de investigaciones hispánicas en el mundo. Sus publicaciones se volvieron pronto imprescindibles en las bibliotecas y en las mesas de trabajo de todos los romanistas, y el hecho de que en

ellas colaboraran estudiosos no sólo de Latino-América sino también de España, Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, indica hasta qué punto el Instituto había alcanzado un nivel realmente internacional.

Para asegurar la amplitud y la continuidad de la investigación, que necesita el esfuerzo conjunto de muchas energías, se propuso Amado Alonso constituir una escuela lingüística, es decir, reunir alrededor del Instituto un grupo de colaboradores y formar un plantel de discípulos. Y nombres como los de Pedro Henríquez Ureña, Eleuterio Tiscornia, Marcos A. Morínigo, Angel J. Battistessa, Raimundo Lida, María Rosa Lida, Angel Rosenblat y tantos otros, pertenecientes a una u otra de las dos categorías, indican con toda evidencia que lo logró plenamente.

Asumiendo sin reservas el cometido de removedor y maestro que su preparación y su posición le señalaban, Amado Alonso entendió que debía informar a un público más vasto que el universitario, es decir, tratar de crear una atmósfera propicia para los estudios lingüísticos en el público culto en general y poner al día a este mismo público con respecto a los últimos adelantos de las ciencias del lenguaje, difundir –dentro y fuera de la Universidad– las nuevas ideas y los nuevos métodos surgidos en la glotología en las últimas décadas, establecer los términos científicos del problema, tan ampliamente sentido y discutido, de la lengua común en América. Lo hizo Amado Alonso, por un lado, publicando obras como *El problema de la lengua en América* (Madrid, 1935) y *Castellano, español, idioma nacional* (Buenos Aires, 1938), en las que se afirma, se defiende y se demuestra el carácter cultural de la lengua común y se indican las condiciones y los límites de su unidad, y una larga serie de artículos en la prensa diaria, particularmente en *La Nación* (entre ellos la conocida *Epístola a Alfonso Reyes sobre la Estilística, 9-II-1941*), ejemplar por el planteamiento sencillo y al mismo tiempo rigurosamente científico de los problemas de esta disciplina; y, por otro lado, traduciendo, solo o en colaboración, obras como la *Introducción a la Estilística romance*, Buenos Aires, 1932 (que incluye estudios de Karl Vossler, Leo Spitzer y Helmut Hatzfeld, y con la que inauguró una “Colección de estudios estilísticos”), *El impresionismo en el lenguaje*, 1936 (con estudios de Charles Bally y Elise Richter), *El lenguaje y la vida* de Charles Bally (1941), la *Filosofía del lenguaje* de Karl Vossler (1943), el *Curso de Lingüística general* de Ferdinand de Saussure, y completándolas con estudios propios, con notas, guías e introducciones, de las cuales algunas (como la introducción al libro de Saussure) se encuentran entre lo mejor que se haya escrito acerca de esos autores.

Al mismo tiempo, tanto en el plano americano como en el plano internacional, y dirigiéndose ora a un público de especialistas ora a una esfera de lectores más amplia, contribuyó personalmente al adelanto y a la aplicación de las nuevas doctrinas, publicando ensayos de teoría lingüística, como *Por qué el lenguaje en sí mismo no puede ser impresionista* (en *Revista de Filología Hispánica*, II, 1940) y *Substratum y superstratum* (RFH, III, 1941), estudios estructurales (fonológicos), como *La identidad del fonema* (RFH, VI, 1944), estudios de “estilística de la lengua” como *Estilística y gramática del artículo en español* y *Noción, emoción, acción y fantasía en los diminutivos* (primero en *Volkstum und Kultur der Romanen*, respectivamente, VI, 1933 y VIII, 1935), y de “estilística del habla” o literaria, como *Poesía y estilo de Pablo Neruda* (Buenos Aires, 1940).

Consciente de que la responsabilidad del especialista no se agota en las aulas y en las publicaciones universitarias, sino que alcanza todos los problemas de su especialidad que afectan la vida cultural del país, Amado Alonso comprendió que no podía desentenderse de los problemas de la enseñanza del español en la escuela secundaria y, para contribuir a su solución y a su correcto planteamiento, publicó, en colaboración con Pedro Henríquez Ureña, los dos cursos de una nueva y modernamente concebida y elaborada *Gramática castellana* (Buenos Aires, 1938-39) e intervino animosamente en la polémica acerca de los programas recopilados sin suficiente discernimiento. Véase, por ejemplo, la nota titulada *Los nuevos programas de lengua y literatura*, RFH, II, 1940, en la cual, entre otras cosas, merece ser señalado este principio metodológico que no vale sólo para el campo de la gramática: “Quítese de una vez todo rastro de gramática: eso sería menos malo. Pero si hay que saber algo, en el terreno que fuere, que se sepa bien, del mismo modo que, si hay que hacer algo, que se haga bien”.

Toda esta labor formativa e informativa debía realizarse y fue realizada por Amado Alonso y sus colaboradores. Pero sobre todo, el Instituto de Filología debía dedicarse al campo específico de la lingüística en la América hispana: el estudio de las variedades dialectales del español americano. Es éste, justamente, el campo en que más han arraigado los errores de método y más se evidencian los efectos deletéreos del “aficionadismo”, de la fantasía de los lingüistas improvisados. Sabido es que tales lingüistas, que abundan en todos los países de Hispano-América, suelen tomar como criterio de estudio una real o supuesta corrección académica y comparar el español americano (en el cual muy raramente introducen las necesarias distinciones entre lengua vulgar, rústica, corriente, literaria, etc.) exclusivamente con el “castellano

ejemplar” consignado en la gramática y en el Diccionario de la Academia de Madrid, por lo cual los pretendidos “americanismos” que ellos registran resultan ser, en la mayoría de los casos, falsos americanismos, porque o son generales también en España, aunque no figuren en las publicaciones académicas, o son arcaísmos, regionalismos, vulgarismos o dialectismos españoles. No es que faltaran antes de la intervención de Amado Alonso trabajos muy serios y valiosos de dialectología hispano-americana, pero ellos se encontraban a menudo en obras y revistas agotadas o dispersos en publicaciones extranjeras y, sobre todo, se confundían en la gran masa de escritos menos serios y menos valiosos.

Por esto Amado Alonso, establecido de una vez por todas el principio metodológico de que el español de América no puede estudiarse como tal sino dentro del cuadro general de la dialectología española y en comparación con *todo el español de España* –antiguo y moderno, literario y corriente, común y dialectal, general y regional–, emprendió la indispensable tarea de sistematizar el trabajo ya realizado, para sentar las premisas mismas de toda investigación ulterior. Tal tarea implicaba deslindar lo bueno de lo malo, reunir los trabajos dispersos en un único “corpus”; completarlos, anotarlos, rectificarlos y ponerlos al día; traducir los publicados en otros idiomas. Y no excluía, naturalmente, la publicación de nuevas contribuciones originales, descriptivas o críticas (como el muy notable *Examen de la teoría indigenista de Rodolfo Lenz*, del mismo Amado Alonso, publicado en RFH, I, 1939). Es, justamente, lo que se hizo con la *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana* (1930 y sigs.). Los tomos de esta colección, junto con algunos de los “Cuadernos” ya anteriormente publicados por el mismo Instituto y con los artículos y notas sobre temas lingüísticos americanos publicados en la Revista de Filología Hispánica, constituyen hoy una base segura e imprescindible para cualquier estudio en la materia.

En todos sus trabajos, Amado Alonso logró combinar eficazmente la erudición y la atenta observación empírica con la clara comprensión de los problemas teóricos y generales y de las vinculaciones culturales del lenguaje. Pero la valoración de su actividad no puede hacerse en un solo plano y debe necesariamente superar la simple comprobación del significado y del valor de sus estudios. Hay que destacar que Amado Alonso supo ser estudioso serio y riguroso y, al mismo tiempo, maestro directo o indirecto de una nueva generación de estudiosos, creador y guía de una corriente cultural. Supo mantenerse siempre en el nivel universitario y de rigurosa precisión científica, aun sin aislarse del público no especializado y sin menospreciar la tarea,

aparentemente más humilde, de divulgador e informador. Supo ser lingüista sin dejar de interesarse por las demás zonas de la cultura y renovar las ideas y los métodos en la lingüística americana sin negar o destruir la antigua tradición de ésta, sino apoyándose en ella y revalorándola, como lo hace, por ejemplo, con Bello, en su *Gramática*. Supo ser estudioso americano y americanista, pero sin aislarse en América. Un íntimo sentido de la unidad cultural y lingüística hispánica, y de la unidad ideal del espíritu y de las formas de cultura en que éste se realiza, le permitió, justamente, arraigar muy hondo en el suelo americano y permanecer al mismo tiempo en el plano general hispánico y en un plano científico internacional. La *Revista de Filología Hispánica* (1939 y sigs.), que él fundó y dirigió, se colocó desde el comienzo de tales planes y fue durante seis años el mayor órgano de hispanología de América Latina y una de las más importantes publicaciones de lingüística romance del mundo.

Amado Alonso actuó en Buenos Aires y en la Argentina, pero no sólo para Buenos Aires o para la Argentina. La corriente innovadora que él inició se difundió a los demás países de América y a la misma España, como muy claramente lo señala un estudioso español: “Las publicaciones del Instituto de Filología Española de Buenos Aires, y la labor personal de su director, Amado Alonso, otro discípulo de Menéndez Pidal, especialmente formado en el Laboratorio de Tomás Navarro, fueron las que dieron a conocer muy pronto, en América y en España, los últimos avances de la lingüística y de la gramática teórica en Europa. La labor de renovar y restaurar los estudios gramaticales en España, fomentándolos con traducciones, con publicaciones, con una colaboración incesante en revistas, se debe casi enteramente a Amado Alonso y a sus discípulos y colaboradores” (Salvador Fernández, *Gramática española*, Madrid, 1951, p. X).

*

Por todo esto, Amado Alonso había llegado a ocupar una posición de primera línea en la lingüística romance e hispánica, colocándose entre los continuadores más directos de Menéndez Pidal. Y creemos que Amado Alonso tenía la conciencia de los deberes que tal posición implicaba y sabía que el mundo hispánico esperaba de él una nueva obra fundamental acerca de la historia del español, digna de estar al lado de los *Orígenes* del maestro. Sabemos que en los últimos años había emprendido la tarea de estudiar el español del siglo XVI y estaba preparando una “Historia de la pronunciación”, de la cual se han publicado sendas secciones en revistas. Poco podría-

mos adelantar acerca de los resultados de tales investigaciones –para esto habrá que esperar que Rafael Lapesa complete y publique la “Historia”– pero ya la importancia de la época estudiada nos da la medida de la magnitud del tema. En efecto, después de la época de los orígenes y del ascenso del castellano, no hay en la historia del español un período de tanta importancia como el siglo XVI: la época de la última y fundamental “revolución” en el sistema fonológico castellano, de la fijación del español clásico, de la difusión del español por Europa como “lengua universal”, de la definitiva afirmación del castellano como lengua común por encima de los demás dialectos españoles y de su trasplante a América. Por todo esto un estudio sistemático y completo del español del siglo XVI no puede dejar de ser esencial para la comprensión histórica del español actual y para la solución de los problemas básicos del español de América; ello significa que hasta sus últimos días Amado Alonso se mantuvo firme y activo en el plano de la gran unidad hispánica.

*

Las pocas cosas que hemos apuntado no pretenden delinear una valoración en profundidad de la obra de Amado Alonso, pero señalan, creemos, la importancia de la deuda que todos nosotros tenemos con su memoria. Amado Alonso ha trazado la línea que debería seguir cualquier Instituto de Lingüística que en América se presente como científico y quiera hacer obra efectiva y valiosa. Nos ha indicado con toda claridad cuáles deben ser las tareas permanentes de la lingüística americana: el estudio de los grandes problemas teóricos y metodológicos y de los conceptos fundamentales acerca del lenguaje, la difusión de las nuevas doctrinas y de los nuevos métodos glotológicos, la vinculación cada vez más estrecha entre la lingüística y las demás ciencias del hombre, y la investigación de los problemas del español de América. Y ha realizado una obra cuyas proyecciones aumentarán en la perspectiva histórica, en lugar de disminuir como ocurre con la mayoría de las obras humanas.

En la historia de la lingüística en América, la figura de Amado Alonso podrá alcanzar y, bajo algunos aspectos, hasta superar, quizás, las grandes figuras de Bello y Cuervo, porque la actividad de éstos –siempre notable y valiosa y muchas veces genial– no ha podido tener toda la trascendencia que ha tenido la suya: ellos no llegaron a crear un gran centro de estudios y no lograron fertilizar para la semilla lingüística un terreno tan vasto como el que nos ha legado Amado Alonso. Porque hay que reconocer que, si hoy existe

un “material aperceptivo” específico en el ambiente de todos aquellos que, entre nosotros, se interesan por los problemas idiomáticos y lingüísticos, esto lo debemos a Amado Alonso. Si nosotros podemos hoy hablar –con gran probabilidad de ser comprendidos– de Humboldt o de Saussure, de Bally, de Vossler o Spitzer, de estilística o de substrato, de idealismo y positivismo en la lingüística, de posiciones psicologistas o logicistas en la gramática; si podemos tratar de plantear con exactitud los problemas reales del español de América, lo debemos en gran parte a Amado Alonso, aunque no lo advirtamos y aunque no le hayamos nunca conocido, oído o leído. De la fonética a la estilística, de la gramática descriptiva a la teoría gramatical, de la dialectología a la historia de la lengua, no hay, prácticamente, zona de la lingüística en la que Amado Alonso no haya dicho una palabra esencial, no haya indicado un rumbo o precisado un método.

Por esto, recordar a Amado Alonso significa para nosotros, del Instituto de Filología y del Centro Lingüístico de Montevideo, reconocernos idealmente como sus discípulos y asumir el compromiso de continuar su obra, en la medida de nuestra capacidad y de nuestras posibilidades, por el camino que él ha trazado para todos los lingüistas de Hispano-América.

Ello no quiere decir que aceptemos siempre, íntegramente y sin críticas, sus conclusiones u opiniones. Así, por ejemplo, fiel a su primera base fonética experimental, pero en contradicción con sus mismas tesis acerca de la índole cultural del lenguaje, da a veces, con respecto a ciertos fenómenos lingüísticos, explicaciones fisiológicas que se acercan peligrosamente al materialismo y al naturalismo. Siguiendo la terminología de Menéndez Pidal, habla de “equivalencia acústica” en varios casos en los que nosotros hablaríamos más bien de “conciencia fonológica”. En la fonología, a pesar de la adhesión formal a la posición de Trubetzkoy, sostiene a veces criterios psicologistas y no estrictamente lingüísticos; y en la gramática, a pesar de su oposición a la gramática general de corte logicista, adopta en varios casos posiciones logicistas. Preocupado por las características de los sistemas dialectales y de la abstracta “lengua general”, deja algo en penumbra la importancia del individuo hablante, y no intuye con suficiente claridad que una teoría coherente del lenguaje sólo se puede establecer sobre la base de los actos lingüísticos concretos, de la actividad creadora e individual que es el hablar. Mientras que, con respecto al español de Chile combate, con toda razón, la teoría araucanista de Lenz, con respecto al español de España adopta una actitud quizás excesivamente “substratista”, llegando a afirmar que “una “mens ibérica” ha presidido el desarrollo del castellano”. Así, también, su total aceptación del antiandalucismo

de Pedro Henríquez Ureña, por lo que concierne al español de América, debería sufrir, quizás, algunas ulteriores precisiones y alguna corrección parcial.

Pero estas y otras eventuales reservas en nada afectan la valoración de Amado Alonso como estudioso y como maestro, pues en la *ciencia la única aceptación verdadera y proficua es la aceptación crítica*. O, para decirlo con las palabras que el mismo Amado Alonso emplea en sus conclusiones acerca de la teoría indigenista de Lenz: “en el conocer, lo que importa es la cualidad científica del conocimiento, aparte si nos conduce a un sí o a un no”.